



7º RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE

“EL TELÉFONO”

**UNIVERSIDAD POPULAR
MAYO 2021**

ÍNDICE

MONÓLOGOS EN LA COCINA	Margó	4
LA METAMORFOSIS	Salvador Vaquero	5
IRMA Y YO	Ángel Rodríguez García	6
BUENAVENTURA	Belén Gómez	7
UNA MUJER CUELGA EL TELÉFONO	David Santiago Rodríguez Sánchez	8
DE LA NOCHE AL DÍA	Mercedes Pérez Domínguez	9
ÉXITOS Y FRACASOS	Concha Ibáñez Montero	10
COLGADOS	Ángela Velasco Bello	11
LA LLAMADA	José Antonio García Feria	12
SIN TÍTULO	Blanca Fajardo Utrilla	13
LA INTERRUPCIÓN	M. Jesús Llanos	14
SIN TÍTULO	Isabel Casillas	15
LA LLAMADA	Víctor Manuel Jiménez Andrada	16
EL TELEFONAZO	Vicente Rodríguez Lázaro	17
NOCHE MÁGICA	Joaquina Campón	18

MONÓLOGOS EN LA COCINA

Se lo mandó una alumna del Máster, con la que desarrollaba un trabajo de investigación sobre violencia contra la mujer en los medios de comunicación: El “autoproclamado” periodista, “Martínez Losdemonios” acababa de soltar un exabrupto que había hecho arder Twitter y otras redes sociales.

Entre rosario y rosario, miles de personas podían deleitarse con su nostalgia de los valores más casposos del pasado, sólo con sintonizar su emisora en el dial.

Ahora les había tocado a dos mujeres de la política, la ministra de trabajo y la candidata de MásMadrid a las elecciones a la Comunidad. Con independencia de la ideología política, se podía decir que ambas gozaban de buena imagen personal, lejos de escándalos y corruptelas y que, además, eran guapas y fotogénicas. La única manera de degradarlas que había encontrado había sido la de especular con la intensidad con la que ambas fingirían un orgasmo.

Tras veinte años dedicados a la investigación en sexualidad y después de trabajar en programas de terapia para víctimas de violencia de género, o para rehabilitar a agresores sexuales, todavía no dejaba de sorprenderse. Especialmente, con los niveles de violencia que se permitían descargar contra las mujeres personas que, además, cobraban por ello. Lo peor, es que nadie le iba a quitar a este “señor” el micrófono de la mano y algunos, incluso, le reirían esas zafias gracias: Libertad de expresión.

Después de seguir el hilo de twitter y sus indignados comentarios, reparó en la foto del casposo tertuliano. Había conocido a hombres poco atractivos con poco éxito con las mujeres. De hecho, la candidata de MásMadrid le había respondido que ella, en la vida sexual de él, prefería no pensar. En el caso de este señor, su aspecto y la expresión de su cara revelaban, como en el retrato de Dorian Gray, el alma atormentada de un ser acomplexado.

—Gilipollas —dijo en voz alta. —Los hombres de verdad no necesitan mujeres que fingen orgasmos. Eso lo hacen las pobrecillas a las que tú pagas, en los polígonos, para satisfacer esas fantasías sexuales tan cutres, que tienes.

En ese momento, su hijo adolescente entró en la cocina, sin avisar. Airada, colgó el teléfono, que estaba usando para leer los comentarios de las redes, diciendo, a su “supuesto” interlocutor:

—Y no vuelva usted a llamar a este número. Mejor, lo tacha de su lista.

—Mamá —dijo el adolescente con cara de guasa. —Ya sabemos todos que hablas sola, no intentes disimular.

—Pues tiene gracia —respondió la mujer, abochornada —porque cuando hablo contigo parece que no me oyes.

—Es que tus monólogos, en la cocina...tienen mucha más gracia.

Margó

LA METAMORFOSIS

El sonido del agua no hace más que aumentar su desazón. Hace horas que llamó al teléfono de urgencias por averías y nadie ha comparecido, mientras el nivel aumenta por momentos, amenazando con inundar lo poco que aún queda sobre la superficie. Toma el móvil y marca una vez más el número en el que ha dejado tantos mensajes. Desesperada mira al fondo del piso y cree descubrir un pececillo. De pronto suena el timbre de la puerta y tras ella aparece el fontanero, quien no entiende por qué aquella mujer se abalanza sobre él como una loca, emergiendo de entre las aguas que caen por las escaleras, ni que sus piernas se hayan transformado en una curiosa cola de sirena.

Salvador Vaquero

IRMA Y YO

Viernes 25 de mayo.

Aun debajo de la manta, tirito. Vuelvo a tener fiebre. Me siento continuamente mareado y este persistente dolor en el estómago.

Sábado 26 de mayo.

Esta mañana desperté mejor, con ánimos renovados. Me sentía alegre, aunque las piernas me sostenían con dificultad. Se nota que son muchos los días enfermo. Irma me cuida muy bien, las sopas y caldos que me prepara los tomo con devoción, aunque después las tripas parecen alterarse y moverse rápido. ¿Qué será lo que tengo?

Cuando me miro en el espejo del baño observo los cambios: las ojeras parecen más oscuras: peor, aunque el pelo parece más vigoroso. Prefiero no pensar mucho en mi aspecto.

Domingo 27 de mayo.

He decidido escribir dos veces al día: a mediodía contaré lo que me ha pasado durante la mañana. habitualmente estoy mejor, aunque hoy me he pesado por indicación de Irma ¡Qué bien se porta conmigo! y son treinta kilos menos que hace tres meses.

Esta tarde me ha subido mucho la fiebre y el dolor en toda la tripa se ha hecho casi insoportable. Escribo esto a las doce de la noche y estoy agotado.

Lunes 28 de mayo.

Una noche infernal. El dolor volvió fuerte. Irma se empeñó en que tomara un poco de caldo y diluyó los calmantes en el líquido. Creo que esta noche he tenido alucinaciones, aún esta mañana me siento confundido. Irma no se separa de mí, dice que esto terminará pronto.

He pasado toda la tarde durmiendo. A las diez desperté con un vómito. La pobre Irma ha tenido que cambiar toda la cama.

Martes 29 de mayo.

Tengo que esconder este diario. Mi habitación está algo alejada del baño y al pasar por el dormitorio de Irma la escuché. Aun con toda mi confusión pude oír frases como "no te preocupes" "estamos muy cerca del final" "el efecto es definitivo" "nadie se dará cuenta". Cuando entré en su dormitorio sin pensar en lo que había escuchado, colgó rápidamente el teléfono, me dijo que estaba hablando con Sofía, su amiga del alma y a quien yo había dado calabazas veinte años atrás. La noté un poco enfadada y por eso la besé en los labios. Ella retiró un poco la cara. Dijo que me olía algo la boca.

Ahora estoy en la cama, he pensado en lo que oí a través de la puerta. Le he rogado a Irma que llame al médico, yo no tengo fuerzas. Voy a esconder estas notas debajo del colchón.

Ángel Rodríguez García

BUENAVENTURA

La gitana lo había leído en la palma de su mano hacía ya tres años. A pesar de que no creía en esas cosas, María no había vuelto a coger el teléfono los martes, a partir de las 7.

Pero ¿Y si era Enrique quién la llamaba? Estaba tan ilusionada con ese nuevo amor que le había llegado a destiempo que rompió la norma.

Al descolgar un frío intenso invadió el salón, al tiempo que el enfado se adueñaba de su cuerpo y el miedo de su alma. Volvió muy lentamente la cabeza, en dos segundos vio pasar su vida entera. A Enrique.

Lo que llevaba tanto tiempo temiendo estaba allí. No llevaba guadaña, ni se cubría la cabeza con la capucha de su túnica negra. Era hermosa, llevaba una falda de colores, una camisa blanca y un precioso pañuelo de seda anudado a la cabeza. Sus ojos verdes se clavaron en ella y su risa intensa y fría le congeló en el corazón.

Diario Hoy. Miércoles, 8 de mayo.

Encuentran a una mujer de 75 años muerta en su casa.

Los vecinos alertaron a la policía al escuchar un intenso grito. Aunque el cuerpo no muestra señales de violencia, se busca a su compañero sentimental E.M. Ampliaremos la noticia en próximas ediciones.

Belén Gómez

UNA MUJER CUELGA EL TELÉFONO

Entre las muchas cosas que habían pasado, esa espía  se había replanteado cosas.

Traiciones y espionaje dobles y triples habían costado muchas vidas fruto de la traición.

Y de multitud de trampas variadas.

Mientras está hablando desde la habitación del Hotel Nefertiti con el mando central de su división, otro espía árabe rival entra. Armado. Pistola en mano.

Ella cuelga, súbitamente se saca de la mano un cable afilado y rápidamente, esquivándole, le retuerce el cuello.

David Santiago Rodríguez Sánchez

DE LA NOCHE AL DÍA

Toda la noche braceando entre la duda y la culpa. Buscando alivio en anteriores experiencias que habían acabado bien. A veces era consciente del llanto seco que la erosionaba por dentro. Agotando su resistencia y salando su amor, cubriéndolo de inquina. Pero eso siempre cambia... cada día vuelve a amar, como el primer instante.

Así es el amor incondicional.

Es el momento que se está viviendo en la ciudad, en el mundo, de disturbios y gente enferma, lo que peor la pone. Ya llegó al punto, en que intenta no ver las noticias.

Cada vez que oye la puerta, corre a ver...pero no es. Baja la vista y vuelve al sillón, sabiéndose mínima, penosa, abatida.

Los brazos del sillón están cubiertos de marcas, de sus uñas gastadas que no puede controlar. Cada arañazo es una oración, para su protección allá dónde esté. Son el testimonio de tantas noches de no saber, de esperas y especulaciones, de ansiedad y miedo. A veces se siente responsable, piensa que lo ha hecho todo mal...pero es que no se nace sabiendo, ella todo lo ha hecho por amor.

Cada sonido en la calle la despeja. Cuenta los segundos...pero la puerta no se abre. Mira con rabia el teléfono, porque sabe que, por este medio, vienen las noticias que disgustan... “anda con malas personas” ...le dijeron una vez. Y eso bastó para que su estómago se volviera de piedra cada vez que no vuelve por la noche.

Es su única alegría, lo único que tiene en la vida. Su razón de ser.

Tantas veces ha tenido que ir en su búsqueda de madrugada, a comisarías de todos los tipos, suburbios o zonas de buenavida, pero siempre con gente conflictiva y no muy sobria...y encima ahora, todo revolucionado por una epidemia.

¡De pronto suena el teléfono!

Otra vez de una comisaría. La han dejado ir porque está enferma y porque realmente no ha hecho nada...debe cuidar con quien anda...e ir al médico. Su miedo se ablanda y con él sus piernas, que se aflojan y se deja caer en el sillón. Rompe a llorar. No se da cuenta de que aun sujeta el teléfono en la mano hasta que de pronto entra su hija de 15 años en la habitación. Entonces cuelga el aparato enfurecida, dispuesta a cobrarse las canas, la soledad y el miedo, aunque tenga que cubrir de oprobio a la personita más importante de su vida. Luego la rodeará con sus brazos y todo quedará por el momento, olvidado. Porque ella, con su carácter dulce y vivaracho, le aporta las ganas de vivir.

Así es el amor incondicional.

Mercedes Pérez Domínguez

ÉXITOS Y FRACASOS

Se regodeaba en silencio. Seguro que no llegarían a tiempo. Era su máximo deseo, que ellos fracasaran. Lo había intentado todo y esto sería la puntilla definitiva. El final de sus ilusiones.

Mara es una brillante ejecutiva que siempre se ha salido con la suya. Sus proyectos han sido un éxito seguro. Todo lo que ha hecho hasta ahora ha rozado la gloria. Tiene todo lo que cualquier profesional del sector pueda desear, contactos, influencia, buena mano... Y quería encumbrar a Héctor, pero Héctor ha pasado a su lado sin mirarla. Le pareció mucho mejor hacer equipo con Beatriz, y eso Mara no puede soportarlo ni perdonarlo.

Desde que empezó esta nueva campaña, se ha dedicado a torpedear todas sus iniciativas, sin lograrlo, pero hoy está segura de alcanzar su meta. Hoy hundirá en el fango a quien la ha despreciado, y a Beatriz, la que ella creía su amiga y su más estrecha colaboradora, por secundarle... Estúpidos. Qué se habrían pensado.

Todo lo había preparado minuciosamente, por eso sabía que no podría fallar. Se acercaba el momento. El plazo para presentar los trabajos estaba a punto de terminar, y ellos aún no habían llegado. Y no llegarían.

Por eso, decidida, llamó por teléfono a su superior y empezó de forma zalamera a preguntar por los participantes, simplemente para asegurarse de que había ganado la partida.

En estas estaba, prometiéndoselas muy felices cuando vio a través de los cristales de su habitáculo cómo una mujer caminaba por la oficina, sonriente y decidida y todos parecían alegrarse de su presencia. En ese momento Mara comprendió y colgó el teléfono, furiosa.

Beatriz llamó a la puerta y entró llena de felicidad... “Mara, gracias a ti lo hemos conseguido. Héctor ha entregado el prototipo a tiempo y estamos seguros que va a ser todo un éxito”.

Concha Ibáñez Montero

COLGADOS

Con el auricular en la mano, de aquellos teléfonos de antes, que se descuelgan y cuelgan con un movimiento de brazo y no de dedo como los de ahora, muy pegado a la oreja, escucha concentrado lo que el otro interlocutor dice allá donde esté; el ceño fruncido, los labios prietos, en clara expresión de enfado, de no dar crédito a lo está escuchando.

No, no quiere oír más y en un movimiento rápido, deseado, dice: —¡No-quie-ro-ver-te-más! Cuelga.

Y el aparato, del golpetazo que recibe, apenas encuentra su alojamiento habitual, queda ligeramente desubicado, en tono de comunicando, dolido y maltrecho como su dueño, que levanta la vista al oír la puerta. Y quiere el azar, o será cosa de la magia, que aquél lejano personaje al que acaba de colgar esté ahí parado, delante de él, y la expresión de su cara pasa de enfado a sorpresa y así, los dos, sin perderse de vista, permanecen unidos por una mirada especial, la que siempre han querido tener, la que no quieren perder. Y en lo que tarda un resorte en reaccionar se acercan y se besan. Se abrazan y se tocan. Se besan y se besan.

Ángela Velasco Bello

LA LLAMADA

Instalada en su mesa de trabajo Marga observaba, a través del climalit, una mañana de primavera plena de color y quietud. Las últimas borrascas, por contraste, daban a ese día una serenidad y una mezcla de verdes limpios y brillantes. Solo el leve tambaleo en la copa de un árbol la desengañaba de la contemplación de un cuadro hiperrealista, y el juego— más bien cortejo— de una pareja de gorriones a la sombra de un jazmín de leche. Ese juego inocente de los pajarillos la llevó a un balance de su vida donde salían números rojos.

Pesaban los años de matrimonio, sin hijos, y no era la primera vez que pensaba espolear su relación, aunque también contemplaba el dinamitarla, pero con el afán de remover tierra y mineral y descubrir alguna pepita de oro— ese metal precioso— sin ánimo de aniquilar.

Porque Eduardo, su marido, era un encanto y habían pasado buenos momentos juntos. En esas jornadas de trabajo, en su domicilio, él apoyaba sin límites las tareas domésticas. Ese día ya trasteaba por la cocina para preparar la comida, y Marga sabía que no tardaría mucho en aparecer por la estancia para preguntarle algún detalle.

Minucioso él cortaba rodajas de patatas, y la cebolla en juliana, formando un lecho en la bandeja del horno, sobre el que tumbaría una lubina. Miraba al pescado con sus irisaciones verde oliva y le apenaba esa mansedumbre en su crianza, tal vez en una jaula flotante o en un compartimento estanco, engordada con un pienso de harina y aceite de pescado para su venta, hasta acabar allí en su encimera, abierta a la espalda. Sin saber los motivos, aquel bodegón, ante sus ojos, le trasladaba a un cercano y lamentable modelo de vida: el suyo.

Preguntaría a Marga si les echaba pimienta verde a las patatas, y al acercarse a la puerta entreabierta de la habitación ella mantenía una conversación por el teléfono fijo en un tono más bajo de lo normal, se regodeaba sin freno y con una risita cómplice que sacaron a Eduardo de sus casillas. Sin duda era, al no dejarlo de llamar ella por su nombre, aquel compañero de trabajo un poco chulito que él no tragaba. Abrió más la puerta sin decir nada y en ese momento Marga colgó el teléfono de forma colérica y tajante, revolviéndose en su asiento, hacia él, le recriminó su actitud, esperando que no volviera a ocurrir esa intromisión...

Ambos se pidieron perdón y optaron por el pimienta, que le daba su punto a la patata y la cebolla, el horno ya precalentaba, y ella parecía buscar, sin resultados, la pareja de gorriones a través del ventanal. Sonreía porque la casa llevaba, sin esa línea telefónica, cinco días de baja, desde que se cumplieron las instrucciones que dieron al considerar que se ahorraban un dinero al mes, nadie la usaba, solo los comerciales machacones a la hora de la siesta para incordiar. Y Eduardo a su bola, un poco despistado, pero lo dicho...un encanto.

José Antonio García Feria

Lía está muy nerviosa. Mira por la ventana, fuma un cigarrillo tras otro, se sienta y, en apenas unos segundos, se levanta, observa a sus dos hijos y con voz airada les dice:

—Dejadme un momento sola en la habitación. Salid inmediatamente y no entréis hasta que os llame.

Lía coge el teléfono y marca un número que sabe de memoria, siendo incapaz de controlar su excitación, su frustración y su enfado. Está sola en la habitación y no puede evitar las lágrimas. Con voz airada, plena de reproche, le dice a Mario:

—¡Holaaa!; ¿Mario? ¡Ya no aguanto más! ¡Me has engañado y has jugado conmigo! Al principio, me perseguías a dondequiera que fuese, estabas pendiente de mí. Cuando te decía que no era libre, que no podía embarcarme en una aventura, y menos con un hombre casado, decías que solo ansiabas mirarte en mis ojos, rodearme con tus brazos, besar mis labios y aspirarme toda entera, como hace un insecto con el polen de una flor. Decías que el mundo era solo para los dos. Que en él no tenían cabida ni tu mujer, ni tus hijos, ni mi marido, ni mi familia. Solos tú y yo. Y yo me lo creí. Y mi cabeza giraba dando vueltas y más vueltas por tan inesperada felicidad. Y para nosotros el tiempo cobró una doble dimensión: el tiempo físico y el tiempo psíquico, del que hablaba Bergson. El tiempo del alma. Ese tiempo que es relativo y que todos lo hemos experimentado. Ese tiempo que no transcurría igual, en mi anhelante espera que en tu gozosa presencia; el tiempo que ahora es de dolor, y el tiempo de nuestra lejana felicidad.

Mario la interrumpe con cierta brusquedad, trata de ayudarla a afrontar la realidad y, después de instarla a que deje de llorar y le escuche, responde:

—Lía, tranquila. Esto ya lo hemos hablado hasta la saciedad. Es cierto que, hace tiempo, cada día se convertía en un inusitado estreno de 24 horas seguidas para los dos, pero los segundos del reloj son fugitivos. Y con el tiempo, no sé si necesariamente ha de ser así, ese gozo y esa complacencia se fue convirtiendo en una dulce y relajante monotonía, que poco a poco pasó a ser un mortal aburrimiento. Tienes que aceptarlo, amor.

La puerta de la habitación se abre bruscamente y los hijos de Lía entran corriendo y arrasando todo a su paso. Lía los mira, enfadada y, al mismo tiempo, cuelga el teléfono con un golpe enérgico. No consigue poner nombre a sus sentimientos: irritación, tristeza, acobardamiento, frustración, soledad, engaño, desesperanza, ...los segundos del reloj son fugitivos, se dice a sí misma; apenas sonó el “tic”, cuando ya suena, inexorable, el “tac”; y ese “tic, tac” continuado, ¡qué pavorosa sensación de eternidad le produce! Tic-tac, tic-tac... como dijo el poeta:

*En el viejo reloj sonó la hora
de la mortal y doble despedida...*

Blanca Fajardo Utrilla

LA INTERRUPCIÓN

Apenas tuvo tiempo de despedirse de su interlocutor. La entrada inesperada de Andrés en la habitación de Daniela hizo que esta interrumpiera bruscamente la conversación telefónica que estaba manteniendo. Daniela no podía soportar que violaran así su intimidad, sin pedirle permiso. Mira que se lo tenía dicho, pero a Andrés se le olvidaba con facilidad esa advertencia y más hoy que, por fin, era portador de buenas noticias. La impaciencia había podido con la frágil voluntad de aquel hombre que se desvivía por mantener a flote la escasa armonía familiar. Había irrumpido en la casa con las ansias desordenadas de un niño que quiere hacerse oír para compartir su alegría; sin embargo, la curvatura de sus labios fue cambiando de dirección a medida que se enfrentaba con el gesto adusto y enfurecido con el que Daniela le recriminó su atrevimiento. Andrés, fue incapaz de soportar aquel jarro de agua fría que heló su sonrisa. Giró sobre sus talones y salió de la sala. Agazapado detrás de la puerta le esperaba pacientemente, su pequeño fox terrier.

—¡Vámonos, amigo! Aquí ya no tenemos nada que hacer.

M. Jesús Llanos

Silvia colgó el teléfono sin apartar la vista de la mujer que entraba por la puerta de su despacho. No pudo aplacar la oleada furiosa que, contra ella, por momentos, crecía en su interior. Eran tan distintas y tenían tan estrecha relación, que se hacían daño la una a la otra.

“¿Qué quieres de mí?” — Interrogó con la mirada.

No podía soportar su maleabilidad para dejarse manipular disfrazada de candidez, su dependencia, sus miedos, sus ataduras...

Todo lo que ella tenía era de lo que la otra carecía.

"Yo llevo las riendas de mi vida, soy libre de decidir. Me costó mucho desligarme de ti y no te necesito. Vete, que me daña tu presencia"

Desde la puerta del despacho, la recién llegada la observa. Siente admiración, le gustaría ser como ella, pero es incapaz de cortar el cordón umbilical que la mantiene segura y tranquila. Es como saltar de lo alto de una montaña y zambullirse en un mar de aguas profundas. Seguro que es una experiencia extraordinaria, pero tiene miedo a sentir el vacío bajo sus pies, la caída libre hasta el agua; sola, sin que nadie dirija ni respalde su acción.

"No quiero perder mi tranquilidad, aunque viva en la monotonía. Es mejor no decidir para no equivocarme, para no disgustar a los demás, para estar tranquila y comfortable".

—Todos nos preguntamos qué has querido representar en este cuadro retratándote en las dos mujeres. Eres tú, pero se las ve diferentes y enfrentadas— comentó el marido de Silvia acercándose a ella que observaba el retrato, pensativa.

La autora, lentamente, desvió la mirada del lienzo para posarla en la de él con mucho amor.

"Me voy. Quiero volar en solitario"

Isabel Casillas

LA LLAMADA

—Hola, cariño, ya estoy en casa —dice el marido con una voz impostada que trata de disimular los cinco tubos de cerveza que se ha echado al colete al salir de la oficina.

—¡Y no vuelvan a llamar, que siempre dan el coñazo a la misma hora! ¡Váyanse a la mierda de una vez! —grita la mujer desde el salón mientras cuelga el teléfono con energía.

—¿Qué te pasa, amor? —pregunta él asomándose a la puerta, con la chaqueta doblada en un brazo, la corbata floja y los faldones de la camisa por fuera del pantalón.

—Hola, cielo —responde la mujer con amabilidad—. Estos de la compañía telefónica, que no tienen nada mejor que hacer que dar la lata todos los días. Es el tercero que mando a paseo. Me ponen mala. No quiero ni pensar que suene el teléfono mientras estás descansando.

Él la mira condescendiente y no responde. Piensa que ella lleva una vida anodina comparada con la suya: amigos de los buenos, fútbol los domingos, emocionantes partidas de cartas y copas, muchas copas, además de las escapadas al puticlub de la carretera nacional para echar una canita al aire con la puta de turno.

Con el recuerdo del último polvo clandestino con una muchacha de mirada perdida que podía ser su hija, se relame satisfecho y se deja caer en su sillón favorito. En un movimiento mecánico, se quita los zapatos y los tira sobre la moqueta para que los recoja su mujer. Así actúa siempre. Luego comerá igual que un animal, casi sin saborear el guiso que ella ha preparado por mera rutina. Dormirá durante un par de horas, o tal vez más, si hace efecto el sedante que la mujer ha diluido en su botella de vino.

Al otro lado de la línea telefónica se dibuja una sonrisa pícaro. La consigna que habían establecido ha interrumpido el calor de la conversación, pero ya han fijado la cita, que era lo importante. Esa misma tarde volverán a verse donde siempre. Esta vez logrará convencerla de que ha llegado el momento de empezar una nueva vida.

Víctor M. Jiménez Andrada

EL TELEFONAZO

Aún estaba nerviosa, incluso en la calle y tras el suceso de hacía unos minutos en su apartamento no había conseguido serenarse todavía. Hasta que no llegara la policía no regresaría a su domicilio.

Débora era una mujer madura y muy atractiva, alguien que llamaba su atención por su belleza casi intacta a pesar de que su juventud ya había quedado atrás.

Hacía algún tiempo que un sujeto la seguía y la vigilaba, cada vez más cerca... y temía lo peor.

Y lo peor llegó aquel día. Ella estaba hablando por teléfono con su madre, un aparato antiguo y macizo que le había instalado su padre, capataz de Telefónica, una verdadera reliquia tecnológica y que ahora se alegraba de que su progenitor tuviera la ocurrencia de cedérselo. En plena charla, el individuo se coló en su casa, entró en el salón y se lanzó hacia ella. Instintivamente, Débora le golpeó con el teléfono en la cabeza al llegar a su altura para defenderse, con tanta fortuna y acierto que el invasor cayó redondo al suelo quedando inconsciente. Colgó el aparato con fuerza y salió con precipitación hacia la calle. Desde allí usó el móvil para llamar a la policía y explicar el acontecimiento al agente que recibió su llamada.

Al llegar esta entró en el apartamento. Allí encontró al hombre recuperándose del golpe recibido, al que detuvieron y llevaron a la comisaría.

Débora los acompañó para la declaración y al regreso decidió que aquel instrumento salvador ocuparía un lugar preferente en su salón en agradecimiento a su protagonismo en aquel suceso.

Vicente Rodríguez Lázaro

NOCHE MÁGICA

Lucrecia está en el sofá junto a la ventana, donde recibe el frescor del mar. En ese momento suena el teléfono.

— Diga— contesta Lucrecia. Una voz al otro lado del hilo vocifera.

— Por favor, ¿puede repetir y hablar más despacio? — le dice Lucrecia.

— ¡Perdone! ¿Me acaba de decir que tengo la cuenta del banco en números rojos? — En el teléfono escucha la voz de un hombre, exigiendo que se persone en el banco lo antes posible. Exaltada intenta razonar, pero el teléfono se había cortado.

A su espalda, en la habitación, escucha la voz de un hombre que desde la puerta le habla. Suelta el auricular, y poniéndose de pie, ve a una persona que se encuentra frente a ella.

— Perdona señora, he terminado de arreglar los enchufes de la televisión, y necesito que firme el albarán para entregarlo en la oficina— Lucrecia le pide perdón al haberse olvidado de él.

Lucrecia se encuentra en ropa interior, está terminando de vestirse para salir. En ese momento lo contempla y su asombro es ver a un hombre cerca. Lo mira y ve que delante tiene a un desconocido en la puerta de su habitación.

— ¿Cómo se llama?, pregunta Lucrecia.

— Mi nombre es David.

Lucrecia tiene ante ella a un joven alto y musculoso, vestido con pantalón vaquero y un polo de color blanco; sus brazos, al descubierto, y su figura, de compresión atlética. Se encuentra aturdida por la presencia de un extraño en su alcoba. Reacciona rápido y va a su encuentro.

— Márchese y mañana paso a la oficina. — David camina hacia la puerta de salida.

— David, ¿quiere tomar un café? — le dice Lucrecia.

David se vuelve.

— Tengo otros trabajos pendientes, pero un café no lo rechazo.

Lucrecia le tiende su mano y lo lleva al borde de la cama. Lo contempla y acaricia sus brazos musculosos. David acaricia su cara, besando sus labios, y se ven envueltos en una aureola de pasión. Sus mimos son recíprocos buscando el deseo. Sus manos van acariciando cada rincón de sus cuerpos. Se olvidan de la existencia del mundo, y como el fuego, quema la llama del amor. Al fondo se escucha la música que suena al compás de sus carantoñas. La luna hace su aparición, pasando despacio, contemplando sus hermosos cuerpos. Al amanecer, David sale de puntillas, sin contemplar el cuerpo que tanta felicidad le había regalado.

Joaquina Campón